

—¿Un cuadro?—preguntó el señor de las cicatrices.

—¿Un cuadro?—repitió a su vez el de la nariz cómica.

—¡Un cuadro! ¡Un cuadro!—dijeron varias voces.

Hubo una tremenda explosión de risa. No pude contenerme. Me levanté de un salto, miré a los presentes con fiereza, me metí las manos en los bolsillos y me dirigí a una de las ventanas a toda prisa, como si quisiera pasar a través de ella. De pronto me detuve, miré el paisaje sin distinguirlo y sentí que la garganta se me oprimía casi hasta el ahogo. El barón vió que era preciso intervenir. Durante la escena anterior había permanecido muy serio y ahora dió unos pasos, como para protegerme contra el abrumador júbilo de mis compañeros.

—Señores — dijo — no me gusta echar a perder las diversiones; pero ya se han reído ustedes bastante y la broma del cuarto encantado ha sido celebrada. Ahora he de ponerme de parte de mi huésped. No sólo debo librarle de sus burlas, sino también reconciliarle consigo mismo, pues le supongo algo disgustado con sus sensaciones. Sobre todo le pido perdón por haberle hecho objeto de un experimento. Sí, señores, hay algo extraño en el dormitorio donde nuestro amigo fué alojado la noche anterior; hay en mi casa un cuadro que tiene una historia singular y misteriosa. Es una pintura que considero valiosa por muchas causas, y aunque con frecuencia he sentido tentaciones de destruirla, a causa de las molestas sensaciones que produce a todo aquel que la contempla, jamás he podido decidirme a consumir el sacrificio. Es un cuadro que no me gusta tener cerca y el cual todos mis criados miran con terror. Por eso lo he desterrado a una estancia que se uti-

liza muy de tarde en tarde y anoche hubiera mandado que lo cubriesen a no ser porque el tema de nuestra charla y las bromas acerca de un cuarto encantado me indujeron a dejarlo tal como estaba, con objeto de ver si a una persona extraña, ignorante en absoluto de su historia, le producía sensación.

Las palabras del noble llevaron por otro camino todos los pensamientos. Los presentes estaban llenos de curiosidad por enterarse de la historia y procedencia del misterioso cuadro. Por mi parte me hallaba tan interesado, que olvidé mi disgusto y uní mis instancias a la solicitud general. Como la mañana era tempestuosa y no era posible salir, el barón se alegró de poder entretener a sus amigos, y acercando al fuego su butaca, empezó así:

## CAPITULO V

### UN PERSONAJE MISTERIOSO

Hace muchos años, cuando yo era joven y acababa de dejar la universidad, me enviaron a hacer un largo viaje para terminar mi educación. Creo que mis padres habían tratado inútilmente de hacerme un sabio. Cuando se convencieron de que aquello era imposible quisieron que me mezclase con la sociedad, alimentando la esperanza de que pudiese adquirir la sabiduría por medio de la experiencia. Esa, al menos, parece la razón de que el noventa por ciento de nuestros jóvenes sean enviados al extranjero.

En el transcurso de mi viaje permanecí algún tiempo en Venecia. Su romanticismo me encantó. Me divertía muchísimo el ambiente de aventura y de intriga que predomina en aquella ciudad de góndolas, y me